

bres con sus embarcaciones necesitan internarse entre los hielos para hacer esta caza, y es, por consiguiente, indispensable que aquéllas estén sólidamente construídas, á fin de resistir el choque con los hielos flotantes, cosa que no siempre puede evitarse.

Las naves que Inglaterra envía anualmente á los mares del Ártico para matar ballenas están hechas con madera de roble de superior calidad, y de un espesor considerable. La proa va reforzada con vigas, tablas y clavijas, diestramente combinadas, de modo que presente un cuerpo macizo de resistencia que aguante el embate de los hielos.

Lo numeroso de la tripulación de los buques balleneros y la rigidez de la temperatura exigen que las localidades del barco sean más espaciosas y más calientes que las de los mercantes. Además de los camarotes hay dos grandes locales provistos de estufas: el uno, situado á popa, se reserva para los arponeros, que á bordo tienen una categoría superior á la de la marinería, y el otro, situado á proa, y en el cual se establece la cocina, se destina para los marineros.

Las armas que se emplean para coger las ballenas están todas basadas en el mismo sistema que principió á aplicarse hace más de dos siglos y medio.

Sabido es que los primeros vascos, y luego los holandeses, ingleses y daneses, se sirvieron siempre del llamado *arpón* para herir al cetáceo, arma que se lanzaba sobre el cuerpo del animal, sujetando el extremo á una cuerda para no perder la traza de aquél en su fuga. Entre tanto, con dardos y lanzas lo remataban.

En un principio, el arpón era introducido en el cuerpo del animal directamente con la sola fuerza física del hombre; pero después, á medida que las ballenas se hicieron más desconfiadas y fué más difícil abordarlas, había que salir á la alta mar en su busca, y se hizo necesario adoptar un medio más práctico, á fin de herirlas á mayor distancia.

Para ello se inventó arrojar el arpón por medio de una descarga hecha con un pequeño cañón, colocado en la proa del buque, método que tuvo que abandonarse por lo defectuoso y deficiente. Mas tarde se perfeccionó algo el invento, pero nunca tuvo gran aceptación en la práctica, y aun en la actualidad, los balleneros ingleses más experimentados conservan el antiguo arpón á mano, que hace más difícil pero más segura la caza.

La rica fantasía de los inventores, especialmente ingleses y americanos, encontró ancho campo para emplearse en busca de los sistemas más fáciles, á fin de apoderarse de las ballenas; pero los nuevos progresos

*La Pesca en todos los países*

encuentran siempre en la práctica graves dificultades y complicaciones materiales. Se inventaron proyectiles que estallaban en el cuerpo del animal; algunos creyeron haber encontrado aparatos bastante fuertes para impedir la huída del mónstruo; un alemán imaginó matar las ballenas con veneno, practicando una pequeña cavidad en la punta del arpón, que iba llena de ácido prúsico.

Otros, teniendo en cuenta que la detonación de la pólvora espanta á la ballena y acelera su fuga, trataron de emplear armas del sistema neumático; otros, por último, idearon lanzar el arpón á unos veinte metros de distancia con una especie de ballesta, cuya cuerda era de gutapercha.

Basta la enunciación de estos sistemas para que se comprenda á cuantas dificultades y contratiempos están expuestos.

El arma que hasta ahora parece acercarse más á la solución del problema es el llamado arpón ó cohete-raqueta, que se compone de un grueso dardo de hierro provisto de cuatro ganchos ó anzuelos, unidos á una granada explosiva, y lanzado de un tubo por medio de una raqueta ó cohete, á que se aplica el fuego. El tubo que sirve de cañón, se coloca á proa sobre una especie de caballete que funciona como afuste. Dicho instrumento se parece mucho al aparato de salvamento que se usa para socorrer á los naufragos.

El propósito de encontrar una clase de arpón que sirva no sólo para herir, sino para asegurar la presa, está muy lejos de lograrse todavía.

Muchos son los inconvenientes que en la práctica presenta este arma, por ser demasiado complicada. O los cohetes son demasiado débiles y el arpón no llega á introducirse en la ballena, ó demasiado fuertes y estallan antes de herirla. Los inventores del sistema creyeron que el *gas* que debe desarrollarse en el cuerpo del animal en el momento de estallar la granada en el interior, daría por resultado hacer más fácil que sobrenadara la masa del cetáceo cuando recibe la herida; pero sucede con frecuencia que el cuerpo de la ballena se va á fondo, y en tal caso es necesario proceder á extraerlo con fuertes cuerdas, cabrestantes y grúas, lo cual no siempre se puede hacer, en cuyo caso es necesario esperar algunos días á que el cuerpo entre en putrefacción y suba á la superficie.

No es tampoco fácil el dirigir bien con esta arma la puntería, por efecto del movimiento de ondulación del mar, sucediendo á veces que el tiro va á herir demasiado cerca de la cola, en cuyo caso la ballena emprende una fuga tan rápida, que puede compararse con la





PREPARATIVOS DE PESCA



carrera de una locomotora, corriendo la lancha grave peligro de irse á pique, buscándose entonces salvación común en el recurso de cortar la cuerda, abandonando al animal y al aparejo.

Un reputado ballenero noruego, en vez de adoptar el arpón á raqueta, emplea un pequeño cañón de dos bocas, de las que la primera despide el arpón ordinario con la cuerda, y la otra, más ancha, la granada, evitándose de este modo que la cuerda se rompa ó deteriore por la explosión de la granada.

Cuando la ballena herida disminuye su carrera y la lancha que la persigue se encuentra á su alcance, toda la tripulación se dedica á rematarla, hiriéndola con lanzas hechas á propósito, que consisten en hojas de metal de unos 2 metros de largo, unidas á un mango de 1'25 metros. La punta de la lanza, que está sumamente afilada, tiene 20 centímetros de largo por 6 de ancho.

La tripulación de un buque ballenero se compone, por lo general, de 40 á 50 individuos; el comandante, dos pilotos, tres arponeros, tres maestros dedicados á dirigir la extracción de la grasa, un cuartel-maestre, dos maestros de hacha y 20 hombres entre marineros, mozos y algunos que no pertenezcan á la gente de mar.

Además del salario mensual, que suele ser muy corto, la tripulación recibe, como medio de animarla á que se interese en la empresa, una parte del producto neto.

Los buques armados en Inglaterra salen de los puertos británicos hacia fines de febrero ó principios de marzo, con objeto de llegar á tiempo para pescar focas. En el siglo último, cuando los balleneros no se ocupaban absolutamente de esta clase de anfibios, la salida de los puertos europeos no se verificaba hasta fines de abril ó mayo, de modo que los buques llegaban á Spitzberg en el mes de junio lo más pronto.

Al hacerse á la vela para el sitio de la expedición, la gente se dedica á terminar á bordo los preparativos principados en tierra, á fin de estar á la llegada completamente dispuestos. Lo primero que hace es erigir una especie de observatorio, al cual en inglés se le da el expresivo nombre de nido de corneja. Éste sirve de puesto de guardia y vigilancia para el capitán, los pilotos ó arponeros, cuando se presentan ballenas á la vista y mientras se navega entre los peligrosos hielos flotantes, llevando un asiento para el centinela, un resguardo contra el viento y un apoyo para el anteojo. Hecho esto se principian á alistar las picas y las lanchas y á atar las cuerdas á los arpones.

Los parajes principales para cazar ballenas en los mares árticos, se encuentran en las aguas de Islandia, en Spitzberg, y en la bahía de Hudson. Las aguas islandesas fueron siempre lugar predilecto de las ballenas para sus esparcimientos, al mismo tiempo que para hallar alimento abundantisimo, pues allí, en efecto, son muy numerosas las jibias, los cangrejos y otros animales por el estilo, que constituyen su alimento predilecto.

A fines del siglo XVI los navegantes españoles, hijos de nuestras provincias vascas, dirigieron sus expediciones á Islandia, estableciéndose en la costa occidental de la isla. Los islandeses empezaron á imitarlos é hicieron expediciones muy fructuosas en sus golfos y espaciosa bahías; pero á mediados de dicho siglo los lances concluyeron por completo sin que sepamos la causa.

Cuando los buques llegan á la estación todo va ya preparado para empezar la faena. Se colocan en las lanchas las cuerdas con los arpones atados á ellas; además seis á ocho lanzas, una bandera que se iza como señal cuando se ha aferrado una ballena, un hacha ó cuchillo para cortar la cuerda en caso necesario, remos, ganchos, anclas, barriles de agua, una brújula y un anteojo.

Apenas se presenta una ballena, las lanchas comienzan á maniobrar de común acuerdo con objeto de acercarse á ella.

Siguiendo la señal que el cetáceo da de sí con el salto de agua que despide por las narices, el timonel dirige la lancha sobre su estela, mientras que el arponero boga con los remos anteriores, hasta que el timonel le advierte que están cerca del animal; entonces aquel empuña el arpón disponiéndose á lanzarlo, si se caza con el arpón común, ó se coloca detrás del cañón con el ojo en la mira, atento á descargar el golpe. Se procura siempre acercarse á la ballena por detrás, porque de este modo se hace mejor la puntería. Siempre se procura herir al animal cerca de la cabeza, pero no sobre la cabeza misma, porque los huesos son tan fuertes, que en ella no puede agarrar el arpón.

El momento en que la ballena siente penetrar el arma á través de la piel y los dientes del arpón incrustarse en las fibras musculares, es el más peligroso para la lancha, porque, efecto del espanto y del dolor, se revuelve en furiosas convulsiones y golpea el agua con su enorme cola, así es que apenas el arpón ha penetrado, procura la gente con todas sus fuerzas alejar la barca fuera del alcance del animal enfurecido.

La ballena herida se sumerge algunas veces en di-

rección casi perpendicular hacia el fondo del mar, permaneciendo quizás cerca de media hora debajo del agua. Cuando sube á la superficie para respirar, todas las lanchas que la persiguen tratan de herirla con otros arpones; el cetáceo se precipita de nuevo en los abismos del mar, saltando hacia atrás al sentirse prisionero; hasta que, pasados algunos momentos y una vez rendido por la fatiga, se acercan las barcas con

precaución, y los marineros rematan al animal con lanzas que penetran profundamente en la carne. Próxima ya á morir, la ballena arroja por las narices gran cantidad de sangre que enrojece el mar, y al exhalar el último suspiro se vuelve sobre la espalda ó uno de los costados.

Para remolcar la ballena al buque se corta ante todo la mayor parte de la cola y en el resto se practica con



Pesca de ranas

un cuchillo una abertura á través de la cual se asegura la cuerda que debe remolcar al animal. También se perforan las aletas, que reunidas se ligan sobre el vientre, después de lo cual el cuerpo de la ballena se asegura bien á la popa de la lancha. El animal es transportado á fuerza de remos, y se fija al costado del buque por medio de cables que se apoyan en los palos.

Para proceder á la extracción de la grasa que existe en el cuerpo de la ballena se principia por separar una especie de collar, de cerca un metro de ancho, que tiene entre la cabeza y las aletas. Aligerado de este modo el cuerpo, se pone en movimiento un poderoso

sistema de poleas situado en lo alto del palo mayor y cuyos cables se adaptan á una grúa, que es donde reside la fuerza motora, con lo que se consigue poder remover en todos sentidos el coloso marino, de modo que los hombres que se ocupan en descuartizarlo puedan maniobrar en diversas direcciones.

En seguida los arponeros y descuartizadores descienden sobre el cuerpo de la ballena, calzados con botas provistas de púas que al operar clavan en la carne del animal, y así los hombres no resbalan y pueden sostenerse mejor.

Inmediatamente proceden á separar la grasa en pedazos que van izando á bordo por medio de cuerdas;